

mas. En seguida envió el cadáver á Egipto y prometió á Cleómenes, perverso gobernador de aquel país, la impunidad de sus nefandas vejaciones, si lograba que los sacerdotes deificasen á su difunto amigo.

Expedición á la India. 327.

Las adulaciones que sus adictos le repetían sin cesar, debían animarlo á dilatar todavía sus expediciones; lo excitaba también á esto el deseo de llegar á la fuente de la riqueza y del comercio, y quizá los escasos conocimientos que se tenían del Oriente, le hicieron creer que el Océano Oriental debía ser el límite natural de su imperio. Entró, pues, en la parte septentrional de la India, que los indígenas denominaban Penjab, y los Griegos Pentapotamia, esto es, de los cinco ríos; país considerado por los Indios como tosco y bárbaro, pero populoso y bien cultivado. Era el país de los Sikes y de los Maratas, ya entonces patria de la casta guerrera de los Indios; tanto, que Alejandro encontró en él mas firme resistencia que en ninguna otra parte; además de que, ignorante de las lluvias periódicas de aquella región, penetró allí á fines de la primavera, cuando precisamente principia á llover en las montañas, engrosándose de este modo los ríos que le interceptaron el paso, y dificultaron durante setenta días consecutivos las marchas (1), para los Macedonios más desastrosas que si hubieran sido derrotas.

Peró las discordias de los magnates, entre quienes estaba dividido el país, ayudaron en su empresa á Alejandro, como en nuestro tiempo han ayudado á los Ingleses. En Taxila (*Atok*) atravesó el Indo, y llegó á orillas del Hidáspes (*Behut* ó *Quelum*), donde derrotó á Poró, uno de estos reyes (2); pasó despues el Acesino (*Jenab*) y el Hidroates (*Rauvec*); pero al llegar al Ísiris (*Begash*), los Macedonios se negaron á seguirlo y á internarse en un país donde hallaban tantos trabajos, hácia comarcas remotísimas y desconocidas donde no veían qué ventajas pudieran sacar de la victoria. Dejando, pues, guarniciones desde Gazna á Cabul, volvió por el país de los Mallos (*Mullan*), llegó al Hidáspes, y embarcó en él la mayor parte de sus tropas para dirigirse al Acesino y de este al Indo, por el cual salió al mar (3).

(1) Tamerlan evitó este error. Nadir Shah invadió en 1738 la India por el mismo camino que Alejandro; y por la relación de los desastres de aquella marcha, que nos ha dejado el Cachemirano Sheik Abdulkurreem, podemos calcular los que debieron de sufrir los Macedonios.

(2) Allí perdió Alejandro el caballo Bucéfalo, tan famoso como él.

(3) Además del citado SAINTE-CROIX, véase acerca de esta expedición á RENNEL, *Memoir of a Map of Hindostan*. Londres 1795. ARIANO en los *Indios* nos ha conservado el diario de la navegación de Nearco, que duró desde primeros de octubre de 326 hasta últimos de febrero de 325, casi tanto como la expedición de Alejandro. Ilustró este viaje D. VINCENT en *The voyage of Nearchus from the Indus to the Euphrates*. Londres 1797. Habiendo visto Alejandro que á orillas del Indo se encontraban cocodrilos, y crecían ciertas aves semejantes á las de Egipto, dedujo que este río y el Nilo eran uno mismo, y que aquel perdía su nombre en los grandes desiertos, hasta que, saliendo de la Etiopia, recibía el de Nilo. Su razonamiento le pareció tan exacto, que escribió á Olimpia que había hallado las fuentes del Nilo; tan poco era lo que entonces se sabía de Geografía. Hay mas: poco despues le

Por tanto, Alejandro hubo de perder la esperanza de conquistar la India; pero aquella expedición, enteramente inútil á los ojos de algunos, abrió entre la India y la Europa comunicaciones que desde entonces han continuado sin interrupción alguna; pues las colonias establecidas por Alejandro debían tener accesible aquel tránsito, mientras que su almirante Nearco lo abría por el mar, desde la confluencia del Behut, con el Jenab, hasta la embocadura del Indo, que hubiera sido una nueva comunicación con la Persia. Fundó otra Alejandría en el sitio donde desembocan en el mar los cinco ríos que dan nombre al Penjab.

Una división de la escuadra debía bajar por el Elmund hasta el lago Zerrah, y luego atravesar el desierto de Seistan para introducirse en la Caramania; con lo cual se completaba el reconocimiento del país situado á este lado del Indo. La otra división á las órdenes de Nearco debía explorar los puertos y las costas desde la embocadura del Tigris á la del Indo. Tan grandioso era su plan estratégico.

Por aquel tiempo se tuvieron las primeras noticias acerca de la India, donde los Griegos encontraron casi las mismas instituciones que hoy existen, á saber: la división en castas, y las dos grandes sectas religiosas de los Samaneos y los Bramanes. Los Griegos, confundiendo al dios de estos con Bromio ó Baco, dijeron que este último había conquistado la India. Los Cáteres, vencidos por Alejandro, son la casta de los Chatrias ó guerreros. Entonces los reyes indios se presentaban montados en elefantes, y por el número de estos que tenía cada uno se calculaba el poder de un reino. Cuando los compañeros de Alejandro nos describen las telas finas de algodón que los Indios echaban sobre sus hombros y con que se cubrían la cabeza, las barbas teñidas de blanco, de rojo, de azul celeste, los pendientes de marfil, los quitasoles, los elegantes calzados, creéramos casi estar oyendo á los viajeros modernos. Alejandro quiso hablar con aquellos sabios desnudos, nombre que les dieron los Griegos (*gimnosofistas*), como había hablado con los filósofos de los otros países; y ellos, cuando lo veían, daban con el pie en tierra, para recordarle que de la tierra había salido y que á la tierra tendría que volver. Reprendiéndoles por ello los aduladores de Alejandro, respondían que todos los hombres eran hijos del mismo Dios, que despreciaban los favores de su amo y no temían sus castigos, pues estos les librarían mas pronto de las trabas corporales. Calano, gimnosofista, muy entrado en años, acompañó á Alejandro; y sintiéndose despues enfermo, se arrojó á las llamas voluntariamente (1).

refirieron que el Indo desembocaba en el mar; y entonces hizo borrar aquella noticia de la Carta de Olimpia. Hay de seguro escritores mucho ménos leales que aquel rey. ARIANO VI.

(1) Habiendo apresado á diez gimnosofistas, célebres por sus sabias respuestas y su manera de hablar breve y concisa, les propuso Alejandro preguntas difíciles, diciendo que mo-

Á su vuelta á Persia y Babilonia, cruzó Alejandro la Gedrosia y la Caramania, en cuyos desiertos nadie antes de él había penetrado, perdiendo allí en medio de grandes padecimientos el botín y los equipajes, hasta que llegó á Pura, la capital, donde concluyeron las fatigas y empezaron los triunfos.

Entretanto la escuadra al mando de Nearco había bordeado desde el Indo á lo largo de las costas inhospitalarias de los Orites y los Ictiófagos, que solo se alimentaban de peces; bajando á tierra todas las noches, pues no podían pasarla en los frágiles barcos. Luego que hubo llegado al Golfo Pérsico, cesaron las privaciones, y entró al fin en la embocadura donde confluyen el Eufrates, el Tigris, el Euleo y otros ríos, despues de un viaje de cuatrocientas leguas.

Estado de la Grecia.

Oíase en Grecia estos hechos, que hacían creer en los fabulosos nombres de Sesóstris y Semíramis; y los veteranos, de vuelta á sus hogares patrios, contaban que Alejandro había

ría antes el que peor respondiese, y así los demás sucesivamente. Mandó que fuese juez el de mas edad. Interrogado el primero, quienes eran mas, si los vivos ó los muertos, respondió que los vivos, pues los muertos no eran. Preguntado el segundo, quien cria mayores animales, si la tierra ó el mar, contestó que la tierra, pues el mar era solo una parte de esta. Preguntado el tercero, qué animal era mas astuto, dijo: *Aquel que el hombre hasta ahora no ha conocido*. Preguntado el cuarto, qué idea había inducido á Sabba á rebelarse, respondió que ó la de vivir decorosamente ó la de morir desgraciadamente. El quinto, á la pregunta que se le hizo sobre cuál había sido primero, si el día ó la noche, respondió: *El día, por el espacio de un día*; y viendo que el rey se manifestaba admirado de tal respuesta, añadió: *Á preguntas difíciles, difíciles contestaciones*. Volvióse entonces Alejandro al sexto, y le preguntó de qué manera podría uno hacerse amar principalmente; á lo cual respondió: *No siendo temible, aunque sea poderoso*. De los demás que quedaban, preguntado uno cómo podría alguien transformarse de hombre en dios, contestó: *Haciendo lo que no es dado hacer á los hombres*. Otro á quien se le dirigieron preguntas sobre la vida y la muerte, para que dijese cuál era mas fuerte de las dos, respondió: *La vida que tolera tantos males*. Preguntado finalmente el último, hasta cuándo sería bueno al hombre vivir, dijo: *Hasta que juzgue preferible morir*. En seguida se volvió Alejandro al juez, y le ordenó que pronunciase la sentencia; pero contestándole este que habían respondido uno peor que otro: *Pues tú, dijo Alejandro, morirás antes que ninguno, ya que juzgas así*. — *Imposible, oh rey*, repuso el anciano, *á no ser tú un mentiroso, pues dijiste que moriría primero el que contestase peor*. Entonces Alejandro los dejó ir, haciéndoles antes regalos; y en seguida envió á Onesierito para que suplicase á los que gozaban de mas crédito y vivían tranquilos é independientes, que se presentasen á él. Este Onesierito era un filósofo de los que habían conversado con Diógenes el cínico: Calano le mandó insolentemente y usando de ásperos modales, que se despojase y escuchase sus palabras desnudo, pues de otro modo no hablaría con él, aunque viviese de orden de Júpiter; pero Dandami le acogió con mas dulzura, y habiéndole oído discurrir acerca de Sócrates, de Pitágoras y de Diógenes, dijo, que le parecería que tales hombres debían haber tenido buena índole, pero que habían vivido respetando demasiado las leyes. Hay quien asegura que Dandami lo que dijo fué: *¿Por qué causa Alejandro ha venido hasta aquí por tan largo camino?* Calano, de quien Taxiles pudo recabar que se presentase á Alejandro, le puso delante un símbolo que aludía al reino. Extendió en el suelo un cuero seco y endurecido, pisó uno de sus extremos, que bajó, subiéndolo al mismo tiempo el extremo opuesto; y andando alrededor y pisando de aquel modo en todas las orillas del cuero, hizo ver que siempre acontecía lo propio, hasta que, ocupando el centro, pisó en él y logró que todas las partes permaneciesen firmes: con esta imagen quería probar á Alejandro la necesidad de que se fijase en el centro de sus Estados y no anduviese vagando á tan larga distancia. — PLUTARCO, en *Alejandro*.

sobrepujado á Hércules y Baco, enseñando el matrimonio legítimo á los Hireanos, y la agricultura á los Aracosianos; apartando á los Sogdianos de la costumbre en que estaban de matar á sus padres ya viejos, á los Persas del uso de casarse con sus madres, y á los Escitas del que tenían de comerse los cadáveres (1); á lo cual añadía la fama vulgar los portentos que le son propios, apareciendo Alejandro mas que hombre. Despues de la batalla de Arbela, mandó que todas las ciudades griegas se rigiesen por sus leyes particulares; levantó los destierros; devolvió á Atenas las estatuas de Harmodio y de Aristógon, llevadas á Susa en tiempo de Jérses, y atraídas por estos beneficios las ciudades, humillándose ante él, despachaban embajadas de sacerdotes que iban á ofrecerle coronas de oro.

Sin embargo, el brillo de las victorias no impedía que hubiese descontentos, ni disipaba el temor de la Grecia de convertirse en provincia del nuevo imperio de Persia. Por lo mismo, los Griegos no cesaron de poner obstáculos á la conquista, y Alejandro encontró á sus embajadores en el campamento de Darío, adonde habían ido á promover y dirigir las empresas de este. Esparta, siempre opuesta á su supremacía, sublevó contra él al Peloponeso; pero Antípatro, que había quedado de gobernador de Macedonia, logró tranquilizar el país con una señalada victoria. En seguida Harpalo, gobernador de Babilonia, temiendo que Alejandro á su vuelta de la India le castigase por sus concusiones, pasó el mar, llevándose cinco mil talentos y seis mil mercenarios griegos, con los cuales se refugió en Atenas y procuró comprar á los oradores para enseñorearse del mando. Hasta Demóstenes se dejó atraer del cebo; pero no así Foción, el cual anteriormente había rehusado cien talentos que Alejandro le había ofrecido: los mensajeros de este le dijeron: *Te los envía porque te cree el único hombre de bien*; á lo que contestó Foción: *Que me permita, pues, serlo y parecerlo*. El incorruptible filósofo mantuvo alerta á los Atenienses contra Harpalo, y este fué al fin expulsado de la ciudad.

La Macedonia se había desangrado de manera que no podía ya suministrar soldados al grande hombre. Este, al principio, solo parecía tener formado el proyecto de alejar á la Persia de la Grecia, poniendo en medio el Asia Menor, libre y poderosa; pero despues las victorias lo alentarón á destruir el trono del gran rey. Conseguido esto, pensó en extender el imperio, agredándole la India y la Arabia; Babilonia debía llegar á ser la capital de la monarquía mas vasta que se hubiese visto nunca, con cuyo objeto desecó las lagunas de sus alrededores y ensanchó los canales, de modo que pudiesen dar cabida á una grande escuadra. La juventud y el atrevimiento que inspira el triunfo no permitían encontrar nada imposible á su ambición.

(1) PLUTARCO, *De la fortuna de Alejandro*.



Pero, exhausta la Grecia de gente, lejos de ofrecerle recursos para nuevas conquistas, ni siquiera suministraba la guarnición necesaria para conservar las ya hechas. El único medio noble que quedaba por emplear, era el de inspirar amor á la conquista. Por lo tanto, después de toda preocupación nacional, trató de unificar las razas, pensamiento que bastaría para asegurarle el nombre de grande con relación á un tiempo en que todavía la experiencia no había demostrado que era irrealizable. Lejos, pues, de tratar á los Griegos como señores y á los Persas como esclavos, no les dejaba á los primeros sino el mando de la guarniciones y los empleos principales en las colonias que fundaba, mientras que confiaba el gobierno civil á la gente del país, y casi siempre á los mismos que ántes lo ejercían, ó que eran deseados; por lo cual podía decirse que se convertía en monarca particular de cada pueblo.

No destruyó la antigua administración, si bien la modificó. Conservó en Persia las satrapías, conformes á la índole del país; pero anuló los acostumbrados tributos en especie; separó de la autoridad civil la administración de la hacienda y el mando militar; mantuvo en la India los radjas nacionales; pero los sometió á la vigilancia macedónica; y allí donde las poblaciones le parecieron sospechosas, estableció colonias que fueron otros tantos gérmenes de futuras ciudades. Entretanto abrió caminos, subyugando á los Uxos, á los Coschanos y á otros bárbaros, aseguró á los Sogdianos y Bactrianos el cultivo pacífico de los campos, y dispuso el álveo del Eufrates de manera que volviese á fertilizar las campiñas de Asiria.

Deseando que el Oriente y el Occidente se mezclasen por medio de matrimonios, ordenó espléndidas nupcias para sí y para los magnates macedonios con diez mil mujeres persas, en cuya ocasión, además de los riquísimos dotes y una copa de oro para cada uno, se dispusieron noventa y dos alcobas y un comedor para cien personas; las mesas estaban rodeadas de almohadones, cubierto cada uno con un cobertor nupcial que valía más de 2,000 francos: infiérase de aquí cómo sería el que estaba reservado para el rey. Los hombres podían convivir á su mesa á los amigos, y alrededor comían el ejército, los marinos y los embajadores. El edificio, cuyo patio interior se extendía casi una milla, estaba colgado de telas preciosas y tejidos raros de algodón blanco, de color de escarlata y púrpuro, con toda clase de animales, recamados de oro; el techo descansaba sobre columnas de veinte codos de altas, adornadas de plata, oro y piedras preciosas; la bebida, la música y la alegría duraron cinco días (1): necia profusión para los que no miran sino al rey de Macedonia; fina astucia para los que reflexionen que quería hacer olvidar á los Persas el cambio de dinastía, fundiendo en medio de

(1) ATENEO, que copia á Cátes.

los placeres á los conquistados con los conquistadores. Un sistema uniforme de educación, la lectura de Homero y de los trágicos, el teatro, la milicia y el comercio debían facilitar la fusión, en la cual fundaba Alejandro los proyectos más grandiosos que imaginó jamás hombre alguno.

Quizá había aprendido estas ideas de tolerante y de cosmopolita, raras entre los antiguos, de su maestro Aristóteles, filósofo positivo (1). De todos modos, es lo cierto que Alejandro supo servirse magistralmente de las religiones: hizo que el oráculo de Delfos le declarara invencible; existía en Frigia el nudo gordiano, que prometía al que lo desatase el dominio del Asia, y él lo cortó; en Egipto se postró ante los dioses de Méfis, y obligó al oráculo de Ammon á que le declarase hijo de Júpiter; en Babilonia ofreció sacrificios á Belo, y lisonjeó á los Caldeos con la esperanza de devolver á su ciudad el esplendor del culto y de la sabiduría; por último, en Jerusalem veneró al gran sacerdote, quien le hizo ver que su venida estaba ya predicha en los libros de los profetas.

¿Sería esto meramente efecto de la sagacidad de un político de nuestro siglo, que presta homenaje á todo porque en nada cree? No nos parece así, y en todas las operaciones de Alejandro más bien se ve el ímpetu que la astucia. Naturalmente el politeísmo tenía que inspirar tolerancia, porque no estando limitados los escaños en el Olimpo griego, había allí lugar para todos los dioses nuevos, y se reservaba un puesto, como en Atenas, para el dios desconocido. Además, Alejandro hacía también la guerra de ideas á la Persia, que era monárquica y monoteísta; y así como restableció la democracia en toda la Jonia, así también dejó á los Efesios que volvieran á levantar su templo, que los Persas, enemigos de la idolatría, habían destruido. Por otra parte, las apoteosis que consin-

(1) La tolerancia de Alejandro debía ser desaprobada por el orgullo griego; pero, á propósito de esto, encontramos sabias consideraciones en un libro, por lo demás de poco valor, de Plutarco. (*De la fortuna de Alejandro*.) « La forma de gobierno (πολιτεία) imaginada por Zenon, jefe de los estoicos, tiene por principal objeto demostrar que todos nosotros, hombres que vivimos divididos en ciudades, pueblos y naciones, separados por leyes, derechos y costumbres particulares, debemos sin embargo mirar á los demás hombres como conciudadanos, y que no hay sino una vida sola, como no hay sino un solo mundo, un solo rebaño que pasta, guiado por el mismo pastor en un prado común. Zenon lo escribió como una ilusión formada en su cerebro, pero Alejandro lo puso en ejecución; pues él no siguió el consejo de Aristóteles de mostrarse padre de los Griegos y señor de los Bárbaros, cuidar de los unos como de amigos y parientes, y servirse de los otros como de plantas y animales; sino que, considerándose enviado por el Cielo para ser un reformador común, gobernador y reconciliador del universo, á aquellos que no pudo reunir por el convencimiento, los obligó con las armas, y á todos, cualquiera que fuese su origen, les daba igual acogida, haciéndoles beber en la misma copa de amistad; y mezclando las vidas, los usos, los matrimonios, las maneras de vivir, ordenó á todos los vivientes que considerasen la tierra habitable como su patria y á las personas honradas como unidas entre sí por los vínculos del parentesco, y extranjeros solamente á los malvados; en una palabra, que el Griego no se diferenciaba del Bárbaro por la capa, el modo de llevar la barba, la cimarrilla ó el sombrero; sino que se distinguía el Griego por la virtud y el Bárbaro por el vicio, reputándose á todos los hombres de virtud como Griegos, y como Bárbaros á todos los viciosos. »

tió que le hicieran, y por las que tanto se le inculpa, estaban en uso en todo Oriente; no hay rey de Egipto entre cuyos títulos no se lea *hijo de Ammon*: los Persas daban un título divino á sus monarcas, y pronto siguieron los Griegos su ejemplo: así Alejandro lo pretendía por una especie de derecho hereditario; sin que por eso dejara de reirse cuando llegaba el caso, manifestando á sus cortesanos, que lo que salía de sus heridas era sangre y no el licor de los inmortales.

No queremos decir con esto que á veces no creyese él en su propia divinidad. ¡Es tan fácil que exagere la confianza en sí mismo aquel que tiene que sacar de ella toda su fuerza! Poeta y entusiasta, abría su corazón á todas las impresiones; como todos aquellos á quienes la elevación deja en la soledad, tenía cierta dosis de superstición, y era cabalmente en él característica aquella exuberante mezcla de razón y de poesía, que imprime al genio el sello del instinto más bien que de la reflexión.

Así, pues, sus extravagancias en creer ó hacer que lo creyesen dios, debían ser una mezcla de astucia y de superstición, exageradas quizá por los contemporáneos, los cuales lo rodearon de circunstancias maravillosas, como hacen ya los nuestros con Napoleon, y como acontece siempre donde hay poesía, y cuando se trata de personas que salen de la esfera común. En este caso era poética el Asia, poética la expedición, poéticas la larga distancia y la distinta civilización, poéticas las victorias. Él mismo se complacía en dar pábulo al asombro, obstinándose en llevar á cabo empresas que otros no habían podido realizar; por ejemplo, en llegar al templo de Ammon, porque Cambises había perecido en aquellas arenas; en atravesar á su vuelta un extremo de la India, donde se decía que se habían perdido Giro y Semíramis. Y padeció; pero en cambio triunfó de la superstición, que consideraba á aquel país como tierra maldita, y conquistó un litoral, precioso para el comercio, que se extendía desde el Golfo Pérsico hasta el Indo.

De estas grandes ideas se hallaban muy distantes sus súbditos, especialmente los Macedonios, que hubieran deseado obrar como se acostumbraba en todas las conquistas, esto es, convirtiéndose el ejército vencedor en una aristocracia dominadora de los vencidos. Por otra parte, Alejandro se había acomodado demasiado bien al despotismo asiático, mas conforme con sus ideas que la limitada monarquía macedónica; y esto debía irritar á aquellos Macedonios, que habían ya hecho asesinar á su padre é intentado oponerse á que él le sucediera.

Además, Alejandro se exaltaba con cualquier obstáculo: persiguió á los Magos, celosos de su nacionalidad, y que, acérrimos monoteístas, no podían sufrir la idolatría griega; y se formó una guardia de Asiáticos, disciplinados á la europea, con los cuales podía combatir, en caso necesario, á los Macedonios, que se le iban haciendo cada vez más sospechosos.

Con todo, en medio de las pequeñeces del conquistador, es preciso admirar lo vasto de sus planes. Babilonia y Alejandría, elegidas tan acertadamente por su ventajosa posición, debían ser el centro del comercio, en el cual quería hacer la mayor de las revoluciones, sustituyendo á las caravanas la marina. Ya había mandado explorar mejor el Golfo Pérsico y el Arábigo, limpiar de los bancos de arena el Eufrates y el Tigris, y regularizar el riego; después pensaba ocupar todas las costas del Mediterráneo, hacer accesible la India, obligar á los Árabes á entregarle los puertos y el país de los aromas, fundar muchas ciudades en Asia y Europa, además de las que en realidad había mandado construir, situadas lo mejor posible para el comercio y la defensa, y poblar las primeras de Europeos y las otras de Asiáticos (1). En seguida se proponía levantar edificios por todas partes, con que igualar y aun aventajar lo mejor que había visto, á saber: templos en Delfos, en Dion, en Dodona, en Anfipolis, en Cirra, y especialmente uno á Palas en Ilion, y una pirámide del tamaño de la de Chefren para conservar las cenizas de Filipo.

La muerte acabó con tan grandes proyectos. Fuera á causa de las extraordinarias fatigas que había sufrido, ó de las exhalaciones pestíferas de los canales de Babilonia que se estaban limpiando, ó bien de sus excesos, el resultado fué que una fiebre de pocos días le condujo al sepulcro, hallándose en esta última ciudad (2).

(1) DIODORO XVII.

(2) Los cronologistas no están acordes con respecto á la fecha de la muerte de Alejandro. PETAU, en la *Doctrina de los tiempos*, la coloca en 19 de julio de 324; FRÉRET, en el estío del mismo año; USHER, en 22 de mayo de 323; CALVISTO, hacia el 18 de abril de 323; IDLER, en la edición del *Tolomeo de Halma*, en 323; CHAMPOLLION-FIGEAC, en los *Anales de los Lagidas*, ó *Cronología de los reyes griegos de Egipto*, concluye así sus indagaciones: « La muerte de Alejandro, según las relaciones más auténticas y mejor combinadas, se fija en el 28 del mes de sio macedonio, 6 del tarjelion ateniense, año IV de la CXXIV olimpiada, 19 de famenoth, 724 de Nabonasar, 30 de mayo de 323 á. C. »

Adviértase, sin embargo, que el año 424 de Nabonasar empezó el 12 de noviembre de 323; por tanto, es preciso leer 324 en lugar de 323.

En los diarios de entonces se escribió lo que sigue acerca de la enfermedad de Alejandro: « El décimoctavo día del mes de sio, se puso en cama en la sala del baño por haberle atacado la fiebre. Al día siguiente, cuando salió del baño, pasó á su cuarto, y se entretuvo todo el día jugando á los dados con Medo; y por la tarde después de lavarse en el baño, sacrificar á los dioses y comer, le repitió la fiebre que le duró toda la noche. El día vigésimo, después de tomar otro baño, hizo de nuevo el acostumbrado sacrificio, y echándose en el cuarto mismo donde se había lavado, se entretuvo con Nearco, escuchando lo que este le contaba de su navegación y del gran mar. El vigésimoprimer día, después de ejecutar lo propio, se le declaró más ardiente la calentura, y por la noche se sintió muy agravado, aumentándose la fiebre con fuerza al siguiente día. Trasládose al gran lago, y allí se echó y se puso á discurrir con sus capitanes acerca de aquellos batallones que no tenían comandantes, con objeto de nombrarles personas de mérito y experimentadas. El vigésimocuarto día, sintiéndose con una fuerte calentura, sacrificó como los días anteriores, mandando que le llevasen á la sagrada ceremonia, y dispuso que los capitanes permaneciesen en la corte, y que los centuriones y comandantes de quinientos montasen la guardia de noche por la parte de afuera. Haciéndose luego llevar al palacio, que estaba allí cerca, durmió un poco el día vigésimoquinto, pero, la fiebre siguió con la misma fuerza, y habiéndolo visitado sus capitanes, le encontraron sin habla. Así pasó también el día vigésimosexto; por lo cual los Macedo-